

los ingenios azucareros

Además de las estancias y los hatos, en la época que estudiamos los colonos de la isla de San Juan inauguraron un tercer tipo de unidad agraria: los ingenios azucareros. Al igual que los otros dos, los ingenios azucareros afectaron profundamente, con el correr de los siglos, la vida puertorriqueña en todos los órdenes. Ninguna otra planta, con la posible excepción del café (introducida en Puerto Rico en el siglo XVIII) influyó tanto en la formación de la personalidad étnica y social de los puertorriqueños como la caña de azúcar.

La instalación de un ingenio azucarero fue siempre una empresa costosa y arriesgada. Precisaba buenas tierras, maquinaria importada de Europa, y por tanto costosa, personal diestro en la química de fabricar azúcar, y muchos esclavos. En vista de la inversión requerida y la incertidumbre que rodeaba la empresa, se comprende la cautela con que procedieron los pobladores de Boriquén, aun los más acaudalados, en la instalación de los primeros ingenios. La industria puertorriqueña, como su antecesora la dominicana varios años antes, registró por consiguiente, unos comienzos muy modestos y azarosos. Los primeros en fabricar azúcar aquí lo fueron el comerciante genovés Tomás de Castellón y su socio, el Tesorero Real, Blas de Villasante, quienes fundaron un ingenio en Añasco a comienzos de la década de 1520. Pero, a pesar de haber contado con la ayuda económica del emperador Carlos V, la sociedad propietaria de este ingenio empezó a verse en dificultades para 1527; ni siquiera la intervención del Emperador pudo salvar el ingenio arruinado. Cuando Carlos emitió un decreto en 1529 que protegía a los ingenios de embargos por deudas, el experimento de Añasco parece haber concluido definitivamente. ,

El fracaso de Castellón y Villasante no evitó que otros vecinos pudientes de la Isla se interesaran por el azúcar, negocio que para esos años inyectaba nuevos bríos a la economía de la vecina isla Española. En 1534, el cabildo de la Ciudad de Puerto Rico redactó unas instrucciones para Juan de Castellanos, su *procurador* o representante en la Corte, que decían en parte:

[Suplicaréis] a su Majestad que, porque en esta isla no hay otra granjería, si no es la del sacar del oro; y que esto se va apocando; y como esta granjería no sea de *calidad que los que la usan tengan* sus bienes en raíces, antes los tienen en pie, para se poder ir cada y cuando quieren; y que, los que en esta isla residimos, con estar tan adeudados y no haber remedio para poder pagar sin total perdimiento de sus haciendas, viendo el poco aparejo y remedio, se quieren ir de la tierra y no somos parte para los poder retener; que nos parece que su Majestad sea servido en mandar prestar a algunos vecinos de esta ciudad, casados y abonados, y que estén sin deudas, cada [uno] dos mil pesos de oro, para que cada uno haga un ingenio de moler azúcar ...

El documento revela la pugna que existía en la Isla en los años de 1530 a 1540 entre dos estados de ánimo o mentalidades. Uno era de desesperanza; como vimos, su signo era el afán por abandonar la Isla para buscar fortuna en otros lugares. El otro era un estado de optimismo cuidadoso, amparado en la creencia de que la instalación de ingenios de azúcar podía significar un futuro más próspero para los colonos españoles establecidos en la Isla.

Entre 1534 (fecha en que se envió la citada carta a España) y

1540, la idea de los ingenios acaparó la atención de los vecinos pudientes de la Ciudad. El negocio ofrecía buenas perspectivas. Los esclavos africanos podían ser comprados a los portugueses a través de un comercio establecido. De Canarias o las islas portuguesas se importarían los maestros de azúcar. Ahora bien, ¿de dónde saldría el dinero? Los vecinos alegaban, tal vez exageradamente, que en la Isla nadie tenía suficiente capital para montar un ingenio. Dirigieron entonces numerosas peticiones de auxilio al Emperador, solicitando préstamos. Este aprobó el desembolso de dineros públicos para ayudar a los que fomentaran ingenios en San Juan. Además de la Corona, los frailes dominicos establecidos en la Ciudad prestaron todo su apoyo a la idea. Con aliados tan poderosos, ¿cómo podía fallar el experimento agrario más importante que hasta entonces se había emprendido en la isla de San Juan?

Las ruedas de la industria azucarera se pusieron en movimiento en 1540. En este año un aventurero español, Rodrigo Franquez, solicitó el apoyo del cabildo de Puerto Rico para terminar un ingenio que él y sus hijos habían empezado a montar a orillas del río Loíza. Franquez, minero y agricultor veterano, estaba consciente de que su esfuerzo podía dar un buen ejemplo; si él triunfaba, otros vecinos le seguirían. Apoyando su petición en este argumento, pidió al cabildo un préstamo del tesoro isleño para terminar el ingenio. El cabildo envió a un repre-

sentante, Pedro de Espinosa, a reconocer la finca. Tanto la petición de Franquez como el informe de Espinosa nos ofrecen información muy detallada sobre el ingenio.

Según las fuentes, Franquez y sus hijos llevaban dos años sembrando cañaverales y preparando la montura de un ingenio "de manos de caballos", es decir, de una máquina que sería movida por esclavos o bestias. Poseían 19 esclavos, entre indios y negros, para las rudas tareas preparativas que habían iniciado. Uno de los esclavos negros, a quien los documentos se refieren como "maestro de azúcar", probablemente había sido esclavo de portugueses en Sao Tomé, donde tal vez aprendió el oficio de fabricar azúcar. Tres españoles asalariados completaban la fuerza de trabajo del incipiente ingenio. Franquez contaba como asesor técnico con el padre prior del convento de los dominicos; el monje "es persona que lo ha visto [el ingenio] y tiene mucha experiencia de ello, con buen celo, y porque esta ciudad sea aprovechada y vaya aumentándose, él me da orden y mucha ayuda para poder hacerlo" .¹¹

Además de ocho "pedazos de cañaverales", donde las cañas eran sembradas en montones de veinte o más cepas, la finca de Franquez contaba con sementeras de yuca y maíz, cerdos, caballos, bueyes, un "guaniquiten" de hacer casabe, dos canoas Y cuatro "burenes". Es

interesante observar que la yuca, el maíz, el guaniquiten, las canoas y los burenes son todos elementos de la cultura taína. A pesar de sus orígenes europeos, pues, el ingenio original puertorriqueño era como una gran licuadora cultural, donde se entremezclaban los aportes indios, africanos y españoles. Claro está, en el difícil ambiente del ingenio los españoles ejercían el *poder* sobre los africanos e indios; mas ello no evitaba que los poderosos adoptaran incontables elementos útiles de las otras dos culturas.

El cabildo de Puerto Rico votó a favor del préstamo para Franquez. El arriesgado empresario terminó la obra y, tal como se lo había planteado a los señores de la Ciudad, otros lo siguieron inmediatamente. Entre 1540 y 1550 la Isla atravesó por una intensa fiebre azucarera. A pesar del tiempo y el esfuerzo que requería montar un ingenio, y las dificultades que habían sufrido los pioneros Castellón y Villasante, se fundaron en esos años diez, incluyendo el de Franquez. Tres de ellos eran movidos por agua, lo que les permitía moler las cañas más rápidamente y producir más azúcar.

Las chimeneas de esos ingenios tizaron de humo negro el paisaje verde de los grandes ríos norteños como el Bayamón, el Toa, y el Loíza. En estos tres ríos cercanos a la Ciudad de Puerto Rico se concentró la producción azucarera desde el decenio dorado de 1540-1550 hasta principios del siglo XIX; es decir, durante casi tres siglos.

Gracias al azúcar, el panorama económico de la Isla les sonreía en 1550 por primera vez a los grupos dominantes de la colonia desde cuando las bateas taínas se forraron de pepitas doradas en los ríos boriquireños cuarenta años antes.